

CAPÍTULO XIII

Temores y desconfianzas de la sociedad derivados de la prolongación de la guerra. — Aspecto sombrío de la revolución al empezar el año de 1815. — Pintura que hace de la situación de Nueva España el consejero Bodega y Molinedo en su representación al gobierno de la metrópoli. — Don Ignacio López Rayón asume el mando en las posiciones fortificadas de Cópore. — Disposiciones del virey para emprender el sitio de Cópore. — Fórmase una fuerte división realista. — Llano es nombrado general en jefe de la expedición. — Sale ésta de Acámbaro el 16 de enero. — Su marcha por Tuxpam y Jungapeo. — Llega frente á las posiciones de los insurgentes el 30 de enero. — Descripción del cerro de Cópore. — Primeras operaciones de Llano. — Junta de guerra convocada por este brigadier. — Opinión del segundo en jefe Iturbide. — Tentativas infructuosas de los realistas para apoderarse de las fortificaciones. — Resuelve Llano el asalto y nombra á Iturbide para que lo efectúe. — Emprende Iturbide el asalto y es rechazado con pérdidas considerables (4 de marzo). — Absurda proclama de Llano. — Levanta éste el sitio y se retira á Maravatio. — Comunica al virey su resolución. — Dura respuesta de Calleja. — Varias disposiciones de éste después de la retirada de Llano. — Resultados inmediatos de este descalabro. — Muévase Rosains de Tehuacán á San Andrés. — Acción de Soltepec (22 de enero de 1815). — Retírase Rosains á Tehuacán. — Sorprenden los realistas un destacamento en San Andrés. — Ordena Rosains á Velasco que incendie esta población. — Excesos que cometen los soldados de Velasco. — Nuevas crueldades de Rosains. — Sesma en la Mixteca y Victoria en la provincia de Veracruz desconocen su autoridad. — Hostiliza Victoria los convoyes realistas. — Fortifícase en el Puente del Rey. — Ataques infructuosos dirigidos á esta posición por el coronel realista Aguila. — Convoyes custodiados por este jefe (marzo y abril de 1815). — Situación difícil del comercio con motivo de la lenta y peligrosa marcha de los convoyes. — Prisión y destierro de don José María Fagoaga ordenados por Calleja. — Nuevas prisiones — Osorno en los *Llanos* de Apám. — Es proclamado por los suyos teniente general. — Indisciplina de sus tropas. — Exacciones de Osorno. — Barradas es nombrado por Calleja comandante militar de Apám. — Su derrota en Tortolitas el 12 de abril. — Vuelve Barradas con considerables refuerzos y entra en Apám. — El teniente coronel realista Terán se apodera sin combate de Zacatlán (26 de abril). — El coronel Ayala sustituye á Barradas en el mando militar de los *Llanos* de Apám. — Triunfos de Guerrero en la Mixteca baja y el Sur, durante el primer tercio de 1815. — El canónigo don Pedro Fonte es nombrado arzobispo de México. — Bergosa y Jordán recibe orden de retirarse á su antigua iglesia de Oaxaca. — Don Manuel Abad y Queipo, obispo electo de Michoacán, es llamado á España. — Verdadero motivo de esta providencia. — Informe dirigido por Abad y Queipo al rey antes de embarcarse para la península. — Sus acusaciones contra Calleja y Lardizábal. — Propone en su informe varias providencias para dar fin á la insurrección. — Regocijo de los independientes al saber la partida de Abad y Queipo para España.

Nada se veía, al principiarse el año de 1815, que presentara señales ni diera esperanzas de que pudiese menguar ni menos terminarse la desatada tormenta que rugía, hacía ya más de cuatro años, sobre el reino de Nueva España. Todo anunciaba, por el contrario, que iba á hacerse más y más violenta. Calleja, en los últimos días del año anterior, había decretado la confiscación de los bienes de los insurgentes erigiendo en jueces y ejecutores de pena tan trascendental y dura á los comandantes militares de los distritos ¹. Gran número de familias, huyendo de las calamidades de la guerra, habían abandonado el país marchando á la península con los restos de sus opulentas fortunas. Las que siguieron viviendo en la colonia veían el rápido menoscabo de sus propiedades, ya por los excesos de las guerrillas, ora por las exigencias del fisco, más apremiantes cada vez. Cundía la miseria en las poblaciones de primero y segundo orden, y ella empujaba á la clase pobre á tomar partido por la independencia. La vuelta del absolutismo había dividido al

partido español, antes tan compacto, y desde la estrepitosa caída de la Constitución notábase que los comerciantes, en otro tiempo ardientes sostenedores de la dominación y los primeros en auxiliar al gobierno vireinal, se apartaban de la acción oficial como si quisiesen dejarla entregada al único sostén de las armas, ya que la fuerza sola había intervenido en la destrucción de los derechos y libertades en la Constitución proclamados. Sólo el alto clero había manifestado sin embozo su adhesión ilimitada al rey absoluto y su odio á la independencia; y una y otro se revelaron asaz claramente en las suntuosas fiestas con que solemnizaron la vuelta del monarca al trono, en que á la par de las gracias rendidas á Dios por la restauración de Fernando el Deseado, repetían los ecos de las catedrales el anatema lanzado contra los defensores de la emancipación política de México.

Estos no oponían ya, y hacía tiempo que el gobierno vireinal lo observaba sin querer explicarse la verdadera causa de tan porfiada resistencia, aquellas imponentes masas que siguieron á los primeros caudillos en Guana-

¹ Véase bando de Calleja de 9 de diciembre de 1814 en la *Colección de documentos* de J. E. Hernández Dávalos, tomo V, pág. 752.

juato, las Cruces, Aculco y Calderón; pero sumadas las muchas partidas que sostenían la guerra en la parte más importante y poblada del vireinato, pudiera decirse que sobrepujaba el número de los hombres de armas que las componían al de los mal apercibidos guerreros que se alzaron á la voz del Padre de la Patria al principio de la revolución. Ya fuese por la misma naturaleza del levantamiento, que hallaba eco y simpatías en todo el ámbito del país, ya porque la experiencia había enseñado á sus caudillos que los grandes ejércitos eran destruidos más fácilmente, lo cierto es que en la segunda época de la guerra las pequeñas reuniones armadas las sostuvieron constante, activísima, forzando á los cuerpos realistas que las perseguían á dividirse, y por consiguiente á debilitarse, ofreciendo así ocasión para ser vencidos con frecuencia.

Este nuevo sistema que salvó á la revolución de morir en su cuna, y que prolongándola, hizo que venciera al fin, después de larga y cruenta contienda, era denunciado al mismo gobierno de la metrópoli por un consejero de Estado que habiendo salido de Nueva España en 1814 podía dar testimonio de los sucesos ¹: «Cuando andaba reunida la fuerza enemiga, decía en su representación al ministro Lardizábal, podía ser fácilmente destruída; pero hoy su misma división lo dificulta. Entonces los insurgentes presentaban el cuerpo confiados en su número, y ahora sólo se aprovechan de las ocasiones en que tienen segura la victoria. Esas partidas, aunque pequeñas, que por desprecio se llaman de salteadores y bandidos, han sido bastantes para acabar con el comercio, la industria y la agricultura, y también con mucha gente: forman entre sí un cuerpo solo y proceden con uniformidad de principios y fines, y por muchas y muy felices que sean nuestras acciones militares, los revoltosos no disminuyen ni el estado del reino se mejora. Los caminos se mantienen enteramente cerrados, excepto aquellos en que los insurgentes tienen establecidas sus aduanas, y la comunicación y el tráfico se abren de seis en seis meses á costa de inmensos convoyes y numerosas escoltas, en que se pierden siempre muchos hombres y grandes intereses. Ha disminuído notablemente la acuñación de la moneda y los gastos ordinarios del gobierno no se pueden cubrir sino á costa de forzados préstamos y gravosas contribuciones, resultando de aquí una subsistencia precaria y poco duradera. Finalmente, si en el primer año de la revolución pudo un ejército de cinco ó seis mil hombres contener el monstruoso torrente que amenazaba una ruina súbita y general, hasta el punto de verificarse la prisión de casi todos los cabecillas de aquel tiempo, ya en los siguientes no se ha podido hacer tanto con una fuerza incomparablemente más poderosa.»

Y después de afirmar que la revolución en su principio no tuvo á su favor la opinión general, decía lo

siguiente: «Pero desgraciadamente no ha sido lo mismo en los tiempos sucesivos: según se fué prolongando el mal, se aumentaron también y se malignaron los síntomas. Los varios acontecimientos de la lucha ensangrentaron prodigiosamente su carácter y produjeron otras pasiones, el odio y el rencor, y animadas y encendidas éstas por la inconsideración, imprudencia y falta de política de unos y otros, se puede decir que resultó dividido el reino en dos partidos (entre europeos y americanos), cuyas respectivas opiniones forman esencialmente la guerra con que se destruyen.

«Era, pues, el estado de Nueva España, cuando yo salí de ella, el que ofrecen y describen estas melancólicas circunstancias, y lejos de ser mejor que el de los años anteriores, había empeorado extraordinariamente; porque desde que empezó á interesarse la opinión general se perdió cada día más terreno; faltó el espíritu público; desaparecieron las más visibles ventajas que tenía á su favor la buena causa; se fueron consiguientemente debilitando las esperanzas de un feliz éxito, y llegó el caso de conocer que el mal era incurable, si no se mudaba de sistema y de conducta. Este era el dictamen de los sensatos, quienes al mismo tiempo que lloraban la desolación, lloraban la desgracia de que no se atinara con el remedio, ó á decirlo mejor, que se tuviera por remedio lo que aumentaba la enfermedad.»

Abrióse la campaña de 1815 con la expedición contra las posiciones de Cópore, fortificadas por el incansable don Ramón Rayón, quien al llegar su hermano don Ignacio, fugitivo de Zacatlán, le cedió el mando y fué el primero en obedecer sus órdenes como emanadas de un jefe de mayor edad y graduación. La acción de los Mogotes, cuyo relato hemos hecho en el capítulo anterior, y que de tan fatales resultados fué para Llano, forzó al gobierno vireinal á disponer una formal expedición contra Cópore, tanto para lavar la vergüenza de la reciente derrota como para destruir un centro de resistencia que se sostenía amenazador en el territorio de Michoacán, donde tantos defensores armados tuvo siempre la revolución. Considerando Calleja que para el éxito del golpe que meditaba no eran bastantes las fuerzas que obedecían inmediatamente á Llano, ordenó que se uniesen á ellas las que operaban en la provincia de Guanajuato á las órdenes de Iturbide, quien fué nombrado segundo en jefe de la división expedicionaria.

Las tropas realistas, en número de cuatro mil quinientos hombres, salieron de Acámbaro el 16 de enero (1815) dirigiéndose hacia el Sur, y al llegar á Tuxpam se desvió Iturbide con setecientos hombres al rumbo de Angangueo y Zitácuaro, para perseguir á don Francisco Rayón que se decía hallarse en esos contornos. No lo encontró el jefe realista, y después de haber fusilado á cuatro vecinos de Angangueo, sospechosos de mantener inteligencias con los insurgentes, volvióse á unir con Llano en Tuxpam. Toda la división prosiguió

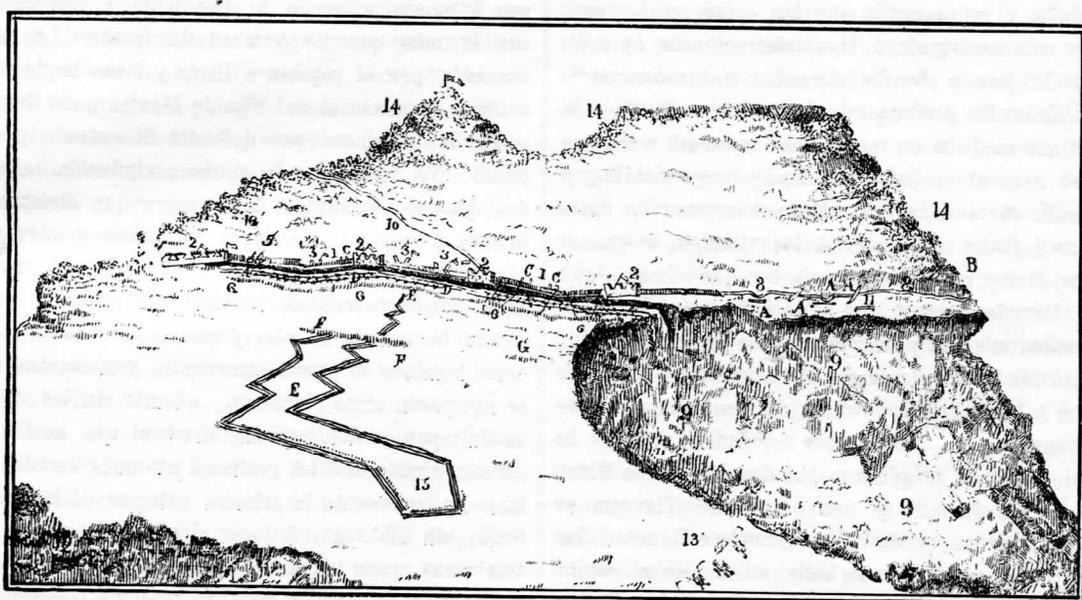
¹ Representación del consejero de Estado don Manuel de la Bodega y Molinero, fechada en Madrid el 27 de octubre de 1814.

su marcha llegando á Jungapeo el día 26. El general español ocupóse inmediatamente en componer el camino que de ese lugar conduce á las alturas de Cópore para allanar el paso de la artillería, y el 30 se hallaba con todas sus fuerzas frente á las posiciones de Rayón.

El cerro de Cópore, escarpado y de bastante altura, estaba defendido en su lado más accesible por cuatro baluartes bien construídos, tres baterías en los intermedios formadas de sacos á tierra, un foso de gran anchura y una estacada de árboles de espino á distancia de veinte metros del foso. En todas estas obras había trabajado infatigable y con su celo de siempre don Ramón Rayón. Desde el arroyo llamado de Cópore, que corre al pié de la montaña, ascendía por el flanco

izquierdo del frente fortificado una vereda poco usada y de muy áspera subida, siendo enteramente inaccesible lo demás de la circunferencia de aquella montaña. Formaban la guarnición independiente setecientos hombres, de los que cuatrocientos estaban armados de fusiles, y los demás eran indios destinados á rodar gruesas piedras sobre los asaltantes. Su artillería llegaba á quince cañones de todos calibres, entre los que se distinguía por su mayor alcance el que los españoles llamaron *padre Barrendero* á causa de sus desastrosos efectos¹; y en las cercanías asomaban algunas guerrillas, con el manifiesto propósito de hostilizar á los sitiadores.

Llano estableció una batería á tiro de cañón de los baluartes de Cópore, y el 2 de febrero mandó romper



Cerro fortificado de Cópore

vivísimo fuego que se sostuvo durante tres días, siendo correspondido por las piezas de Rayón que causaron pérdidas considerables en las filas realistas. Al mismo tiempo abrían éstos un camino cubierto y dirigían algunos reconocimientos, en que se hicieron prisioneros de una y otra parte, que todos fueron pasados por las armas. El día 5, convencido Llano de las dificultades que presentaba la formidable posición que tenía delante, convocó en consejo de guerra á los principales jefes de su división.

Concurrieron á esta junta su segundo el coronel Iturbide, el teniente coronel de artillería Gordoncillo, los de igual graduación Claverino, Monsalve, Corral, Calderón y Concha; los sargentos mayores don Pío María Ruiz y don Juan Miñón, y el capitán don Pedro Dupont. En ella opinaron todos, con excepción de Iturbide, por el asalto inmediato; el segundo en jefe expuso por escrito su parecer y enumeró todas las circunstancias y dificul-

tades que se oponían al ataque: lo inaccesible del cerro, la numerosa artillería contraria, y el foso profundo que defendía á los baluartes eran, en su concepto, formidables obstáculos, y para vencerlos sería preciso sacrificar gran número de soldados. Creía conveniente que se dejasen mil hombres en el campo para sostener y continuar los trabajos del sitio, y que el resto de las tropas saliesen en dos secciones á recorrer los lugares de Laureles, Tlalpujahuá, Maravatío, Zitácuaro, Angangueo, Tuxpam y otros, con lo que se lograría vivir sobre el país, destrozando las partidas que apoyaban á los sitiados, abastecerse de víveres y mantener abiertas las comunicaciones con Guanajuato, Valladolid, Querétaro y México, pudiendo en caso necesario auxiliar á la capital

¹ BUSTAMANTE.—*Cuadro histórico*, tomo III, pág. 123.—Alamán, fundándose en la afirmación de Iturbide en la junta de guerra convocada por Llano, dice que los independientes tenían en Cópore treinta y cuatro cañones; Bustamante asienta que no eran más de quince.

misma, sin perjuicio de apercibirse al asalto los que quedasen frente á Cópore. Pero al mismo tiempo convenía en que la reputación de las armas del rey estaba comprometida en una empresa que no podía aplazarse sin desdoro, y terminaba diciendo que si el consejo se resolvía por el ataque á viva fuerza él mismo se pondría á la cabeza de las columnas que marchasen al asalto ¹.

Acabó la junta de guerra por acordar que se hiciesen grandes trabajos de zapa para aproximarse con el menor daño posible á las líneas fortificadas, y que se empleasen todos los medios para incendiar éstas; pero tales obras é intentonas no dieron ningún resultado favorable, y Llano hubo de resolverse á dar el asalto, que confió á Iturbide por orden que le comunicó el 3 de marzo, y en ella le encarecía la importancia del encargo que le daba y se prometía que las armas reales contribuirían con su triunfo á la conservación de *la religión, de la paz y de los derechos del soberano* ². Grande satisfacción produjo en el ambicioso Iturbide la distinción que acababa de recibir y se apresuró á dar las gracias al general en jefe, añadiendo que atacaría, y que el asalto que se intentaba sólo podría tener un éxito feliz si se lograba sorprender á los sitiados, lo que no le parecía fácil, por la vigilancia con que se sabía que estaban. Para la empresa que se le fiaba creyó suficientes quinientos infantes y doscientos caballos. «La infantería podrá ser la del *Bajto* con sus respectivos oficiales, contestaba á Llano, las compañías de Granaderos, cazadores y cuarta del Fijo de México mandadas (si V. S. lo tiene á bien) por su sargento mayor don Pío María Ruiz; la compañía de Zamora y una ó dos de Tlaxcala al mando del teniente coronel don Francisco Ranero. La caballería podrá ser la que se halla en el destacamento de Cópore con su jefe el teniente coronel don Pedro Monsalve, y el piquete del quinto escuadrón de Fieles que existe aquí. Trataré de dar el golpe entre tres y cuatro de la mañana próxima, y aunque conozco los inconvenientes que trae el emprender esta clase de

operaciones en la oscuridad, adopto este partido, porque de ese modo podrá llamárseles la atención por el frente figurando ataque, lo que no sucedería á la luz del día ¹.»

No estaban desapercibidos por cierto los vigilantes Rayones, pues desde sus reductos observaron extraordinario movimiento en el campo realista, lo que les indicó que se preparaban á atacar ó á retirarse. Los espías que enviaron cautelosamente hasta muy cerca de las avanzadas contrarias regresaron confirmando lo que ambos jefes habían visto ya con ayuda de sus anteojos de campaña, y en consecuencia redoblaron sus precauciones para el caso de que se dispusiese un asalto.

A la hora fijada por Iturbide (cuatro de la mañana del 4 de marzo) pusieron en movimiento sus columnas ², no permitiendo lo pendiente y estrecho de la vereda más que un hombre de frente. La primera, mandada por el capitán Filisola y formada de los Granaderos y cazadores del Fijo de México pudo llegar muy cerca del parapeto que defendía la entrada por aquel punto. Ya fuese por la extrema vigilancia de los sitiados, ya por los ladridos de un perro que siempre acompañaba á Filisola y que logró desatarse y correr desde el campamento en pos de su amo, llegando á su lado en aquel momento crítico, lo cierto es que los centinelas dieron la voz de alerta, y que en el instante acudieron cinco hombres al punto amenazado, y momentos después se agolparon otros cincuenta, además de las compañías de Sultepec y del capitán Carmonal que sostuvieron la defensa atacando á los realistas por unas veredas laterales. La cabeza de la primera columna de los asaltantes llegó, sin embargo, á tocar el parapeto, alto de más de seis varas, pero todos sus esfuerzos fueron infructuosos, y los más temerarios rodaban muertos ó heridos sobre los que habían quedado atrás. Entretanto, aclaraba el nuevo día, y con mayor luz eran más precisos y certeros los disparos de los independientes. Cerca de tres cuartos de hora duró esta porfiada y sangrienta refriega, teniendo que retirarse la primera columna, y aunque la segunda avanzó á su vez, no fué con el propósito de continuar el asalto sino para recoger los heridos que habían quedado rezagados entre las breñas y quebradas de la montaña, contándose en ese número el

¹ Véase íntegro el voto de Iturbide en el *Cuadro histórico* de Bustamante, tomo III, págs. 125 á 127.

² Hé aquí la orden de Llano:

«Exigiendo el punto de Cópore el mayor interés en la destrucción y castigo de los malvados que han llegado á posesionarse en términos de ofrecer varias dificultades para ser atacados, he resuelto que V. S. se encargue de emprender el ataque esta noche ó el día de mañana á las horas que tenga por conveniente por la subida del rancho de Cópore, que según noticias más verdícas, como V. S. sabe, es en algún modo accesible, eligiendo para ello las tropas, jefes y oficiales que de este ejército le merezcan confianza, dejándole á V. S. libre toda disposición para hacerlo, debiendo sólo comunicarnos en lo particular la señal con que para el caso deben ser conocidas las tropas que vayan á las órdenes de V. S. con las que á mí me queden para el preciso conocimiento en lo que éstas tengan que operar; esperando de su pericia, talentos militares, espíritu guerrero que lo anima, y del celo y patriotismo con que ha llenado los huecos de sus servicios, no me deje que desear en ocasión tan interesante, que tal vez más que en ninguna de las que se han presentado en esta rebelión, es de necesidad dejar con el mayor lustre las armas del rey, para conservar la *religión santa, la paz en la patria y derechos del soberano*. Dios, etc. Campo sobre Cópore y Marzo 3 de 1815.—*Ciriaco del Llano*.—Señor Coronel Don Agustín de Iturbide.»

¹ BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo III, pág. 130.

² «Antes de comenzar la acción llegó un mozo á toda diligencia, y como si viniese de las fortificaciones á verse con Iturbide, le entregó una carta á presencia de sus soldados. Tomóla éste en las manos y la comenzó á leer para sí solo; después dijo: — Señores, ya no es tiempo de ocultar á ustedes lo que se me avisa en esta carta; esos pícaros (añadió señalando á la plaza) no dan paso sin linterna; el gobierno ha gastado mucho dinero, pero ha conseguido su intento. Rayón dice que lo ataquemos por Cópore, donde manifestará resistencia, pero que elevará los tiros hacia lo alto para que no nos ofendan: que se ha valido de este arbitrio porque sus compañeros no entiendan su plan, y así, el campo es nuestro y vamos á la victoria. — De tal artimaña se valió Iturbide para alentar á aquellos miserables que no conociendo la tela que les había urdido se adelantaron á recibir la muerte, engaño sobre que después le reconvinieron con amargura los oficiales del batallón de Zamora » (BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo III, pág. 131).

capitán Filisola y los tenientes don Juan José Codallos, don Pablo Obregón y don Ramón de Lamadrid.

Grande fué la pérdida que sufrieron los realistas ¹, y mayor quizás el efecto que este descalabro produjo en el resto de la división. Llano, que era tan escaso de inteligencia como sobrado de crueldad, creyó atenuar las consecuencias de la derrota dirigiendo á sus soldados una absurda é incoherente proclama, en la que llamaba *invencibles* á los que ese mismo día habían sido rechazados ²: «En la madrugada de hoy, les decía, habéis conseguido sobre vuestras glorias satisfacer á Dios, al rey y á la patria, de la constante decisión con que defendéis vuestros sagrados deberes, arrostrándoos por el más activo fuego, hasta tocar con las manos y desengañaros por vuestros ojos de la imposibilidad en que un enemigo cobarde unió el arte á la naturaleza para que vosotros no les impusieseis el castigo á que son tan acreedores por su contumaz rebeldía, como lo habéis hecho en todas ocasiones y haréis en lo sucesivo... Para colmaros de esta satisfacción, tomaré todas las disposiciones más conducentes, adoptando por ahora la de dejar á estos infames en un punto que ellos mismos abandonarán, en el entretanto os recuperáis de las meritorias tareas con que os habéis hecho dignos de la mejor consideración y recompensa, para después estrecharlos con el desprecio de sus fortificaciones á batirlos, donde cuerpo á cuerpo multipliquen el convencimiento de vuestro valor y disciplina militar.»

En efecto, el consejo de guerra convocado por Llano después de la derrota de Iturbide, declaró unánimemente que sería inútil cualquier intento de nuevo asalto, en el que se sacrificaría la tropa sin provecho. El brigadier español ordenó la retirada, y el día 6 de marzo abandonó su campamento, emprendiendo su marcha hacia Maravatío; pero antes de moverse dirigió un oficio al virey Calleja participándole la resolución que había adoptado. En ese documento, desatinado como todos los que brotaban de su pluma, pretendía disminuir la importancia del punto fortificado de Cópore; proponía destinar un cuerpo de quinientos ó seiscientos hombres, el cual se ocuparía en talar las sementeras para privar de víveres á los defensores de aquella posición; manifestaba también la imposibilidad en que se hallaba de sostenerse por más tiempo, escasas sus tropas de provisiones y dinero, y la caballería de forrajes; decía que toda la comarca se hallaba exhausta de mantenimientos, y terminaba afirmando que para establecer el sitio de Cópore con probabilidades de buen éxito era indispensable que á la

división ocupada en el cerco auxiliase otra exclusivamente destinada á acopiar y conducir víveres para la tropa y pasturas para los caballos.

Calleja contestó en 12 de marzo con una severa reprimenda ¹, manifestando sin embozo su desagrado por haberse llevado á cabo el ataque sin las precauciones que asegurasen un feliz resultado, «exponiendo las armas del rey al descrédito, marchitando los laureles que había sabido coger el ejército del Norte en jornadas más importantes, y dando lugar á la exaltación y consecuencias que en el estado actual del país produciría semejante suceso.» Censuraba amargamente las disposiciones dadas para el ataque, reconociéndose en todas ellas la precipitación y falta de conocimientos militares, no obstante el tiempo que en esta expedición y en la anterior tuvieron los jefes para cerciorarse de la situación del enemigo y de las dificultades que presentaba el asalto. «Pero nada ha sido tan perjudicial, decía Calleja, como la resolución de retirarse, dejando á los rebeldes ufanos y gozosos de haber rechazado con no poca pérdida á las tropas del rey, bajo el equivocado concepto de que el punto que ocupan es despreciable por su localidad, como si hubiese alguno, por remoto y por inútil que parezca donde se sitúen los enemigos, que no sea importante y forzoso desalojarlos de él, para que no aumenten su opinión y orgullo, y contaminen á otras provincias ensanchando sus esperanzas y proyectos devastadores, de que sobran ejemplares en esta revolución, siempre que se les ha dejado subsistir por algún tiempo en cualquier punto fortificado.» Después de combatir una tras otra las razones expuestas por Llano en su oficio de 5 de marzo, terminaba, sin embargo, diciéndole que estaba satisfecho de que había puesto de su parte todo lo que cabía en su recta intención, honor y celo; y no teniendo ya remedio el levantamiento del asedio, aprobó la formación de una partida volante de quinientos á seiscientos hombres de todas armas que debía hostilizar á los defensores de Cópore, impidiéndoles que se proveyesen de víveres; ordenó que las tropas estacionadas en el cuartel general de Maravatío saliesen con frecuencia á recorrer los caminos que parten de ese punto á México, Querétaro, el Bajío y Valladolid, y dispuso que el teniente coronel Concha, al frente de su sección, se situase en Ixtlahuaca para proteger ese rumbo y el cercano de Toluca de las numerosas guerrillas que los amagaban con incansable constancia.

Si deplorable fué para el gobierno vireinal el desastre sufrido por sus armas en las asperezas del Cópore, para las de la independencia fué de grande importancia y reanimó las esperanzas de sus ardientes partidarios. Alzáronse los Rayones en fama y en prestigio, ya que de infatigables luchadores habían alcanzado el primer puesto, y tornóse á perder para los soldados del rey la vasta

¹ Bustamante en su *Cuadro histórico*, tomo III, pág. 133, dice que la pérdida de los realistas en el asalto de Cópore fué de cuatrocientos hombres. Alamán dice que no es posible fijarla, y aunque los partes oficiales de los mismos realistas afirman que tuvieron fuera de combate cien hombres entre muertos y heridos, cree que la pérdida fué mayor.

² BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo III, págs. 133 y 134. Alamán la inserta casi íntegra en su *Historia*, tomo IV, pág. 272.

¹ Este documento y el anterior se hallan íntegros en el *Cuadro histórico* de Bustamante, tomo III, págs. 138 á 142, edición de 1844.

zona que se extiende entre Toluca y la capital de la provincia michoacana.

Mientras que estos sucesos ocurrían al occidente de la capital, otros de notable importancia se efectuaban en el rumbo oriental donde la división realista de Márquez Donayo tenía que atender, por el norte, á las impetuosas partidas que obedecían á Osorno, y por el sureste, á las infanterías de Rosains acampadas en Tehuacán y Cerro Colorado. Aparte de estos dos centros, vagaban por los arenosos valles de San Andrés y de Tecamachalco las guerrillas de los feroces Arroyo y Calzada, siempre listas para el ataque y nunca sorprendidas por las tropas regulares encargadas de su represión.

Más celoso Rosains de ejercer su autoridad sobre los jefes independientes de Veracruz, Puebla y Oaxaca que de combatir por la noble causa que invocaba, apenas consumado por su orden el sacrificio del sin ventura Arroyave ¹ se aperció para obligar á Osorno á reconocerle por jefe y superior inmediato. A la cabeza de una fuerte división en la que se hallaban Mier y Terán, Sesma y otros oficiales distinguidos, salió Rosains de Tehuacán en enero de 1815, y atravesando las cumbres de Aculcingo se detuvo en San Andrés Chalchicomula desde cuyo punto escribió á Osorno proponiéndole una entrevista en Huamantla y manifestándole la conveniencia de unir sus fuerzas para caer juntos sobre la división Márquez Donayo, y luego hacerse dueños de Orizaba, ó aproximarse á Puebla, débilmente guarnecida en aquellos días. Osorno contestó aprobando los planes de Rosains y prometiendo marchar á Huamantla, sin fijar día, pues no pensaba entregarse á un hombre de quien todos desconfiaban, pues creían que era capaz de cometer los mayores atropellos. Temiendo éste ser atacado en San Andrés por Márquez que se hallaba en el Palmar, se retiró á la hacienda de Ocotepc, punto que ofrecía algunas ventajas para la defensa, pero engañado por la retirada que Márquez hizo hasta Tepeaca, avanzó imprudentemente á Huamantla, esperando siempre que Osorno concurriese á esta población.

Efectuado el intento de Márquez Donayo, que consistía en atraer á los independientes hasta Huamantla, marchó rápidamente para echarse sobre ellos, al frente de su división compuesta de los batallones Lovera, Castilla y Asturias, y de un escuadrón de dragones de España. Hacía celebrar Rosains el 22 de enero una solemne misa en la parroquia de aquel pueblo y predicaba el canónigo Velasco, quien después de acogerse al indulto había vuelto á unirse á las filas insurgentes ². No había terminado aún el sermón, cuando llegó la noticia de que se aproximaba Márquez Donayo, y apenas tuvieron tiempo Rosains y los suyos de marchar violentamente al inmediato cerro de Soltepec para resistir el ataque que los amenazaba. En esa posición, el coronel

Sesma ocupó la derecha, el centro fué confiado á Terán, y la izquierda tocó al cura Correa quien, como hemos dicho en su lugar, había alcanzado el grado de mariscal de campo. Sea por la precipitación con que tuvo que obrar ó bien por impericia, Rosains mandó situar sus cuatro cañones en la falda del cerro y ordenó que la caballería, fuerte de cuatrocientos dragones, subiese á la cima á reforzar la línea de batalla. Terán se destacó al encuentro del enemigo; y no tardó en empeñar la acción con las columnas realistas, pero tuvo que retirarse buscando el apoyo de la fuerza con que creía que Rosains marcharía á sostenerlo. Márquez cargó entonces reciamente á toda la línea, y aunque los independientes se sostuvieron con vigor por más de tres horas, faltos de artillería, que desde los primeros momentos había caído en poder de los realistas, y sin bayonetas que oponer á los bravos soldados de Lovera ¹, acabaron por dispersarse en distintas direcciones. Márquez Donayo, á costa de pocas pérdidas, quedó dueño del campo de batalla, de cuatro cañones y algunas armas, y de catorce prisioneros que mandó fusilar en Huamantla. Entretanto, Osorno al frente de mil caballos estaba acampado en Atlamajac con el propósito de defenderse de Rosains, y algunos de los dispersos de éste cayeron en poder de los guerrilleros de Arroyo y Calzada que los trataron con extremada crueldad.

Sesma se retiró con los pocos soldados que le quedaron á sus antiguas posiciones de la Mixteca, y Rosains, seguido de Terán y de Correa, tornó á Tehuacán, sin que la derrota que acababa de sufrir lo hubiese hecho más cauto y prudente. Lejos de moderar su vengativo carácter, parecía que los reveses lo agriaban más y más, y lo empujaban á cometer mayores desaciertos. Márquez Donayo, sabiendo que en San Andrés se hallaba una pequeña fuerza independiente, envió en su contra al teniente coronel Palacio con algunos piquetes de caballería, quien entró en el pueblo el 24 de marzo (1815) y acuchilló á casi todos los enemigos que halló en el cuartel. Súpolo Rosains, y á pretexto de que los habitantes habían llamado á los realistas, resolvió castigar á una población á la que tenía particular ojeriza ². Con este fin envió al doctor Velasco al mando de una fuerza respetable ordenándole que quemase á San Andrés, precediendo un saqueo general. «Todo se cumplió exactamente, dice Alamán, cometiéndose por la tropa muchos excesos; mas por fortuna de los vecinos, á la voz de que se aproximaban los realistas, Velasco huyó llevándose lo que pudo del saqueo, pero pegando antes fuego á la

¹ «Algunos comandantes secundarios, dice Bustamante al referir esta acción, hicieron su deber, como el capitán Lozano que combatió heroicamente al frente de un trozo de caballería matando á varios enemigos y dando lugar á que se salvase la infantería, que habría triunfado á tener bayonetas, cuya necesidad se conoció principalmente en esta vez, haciéndose la lucha desigual, aunque la tropa americana era tal vez superior á la enemiga en valor y entusiasmo.» (*Cuadro histórico*, tomo III, pág. 301).

² Primera manifestación de don Manuel de Mier y Terán.

¹ Véase capítulo anterior.

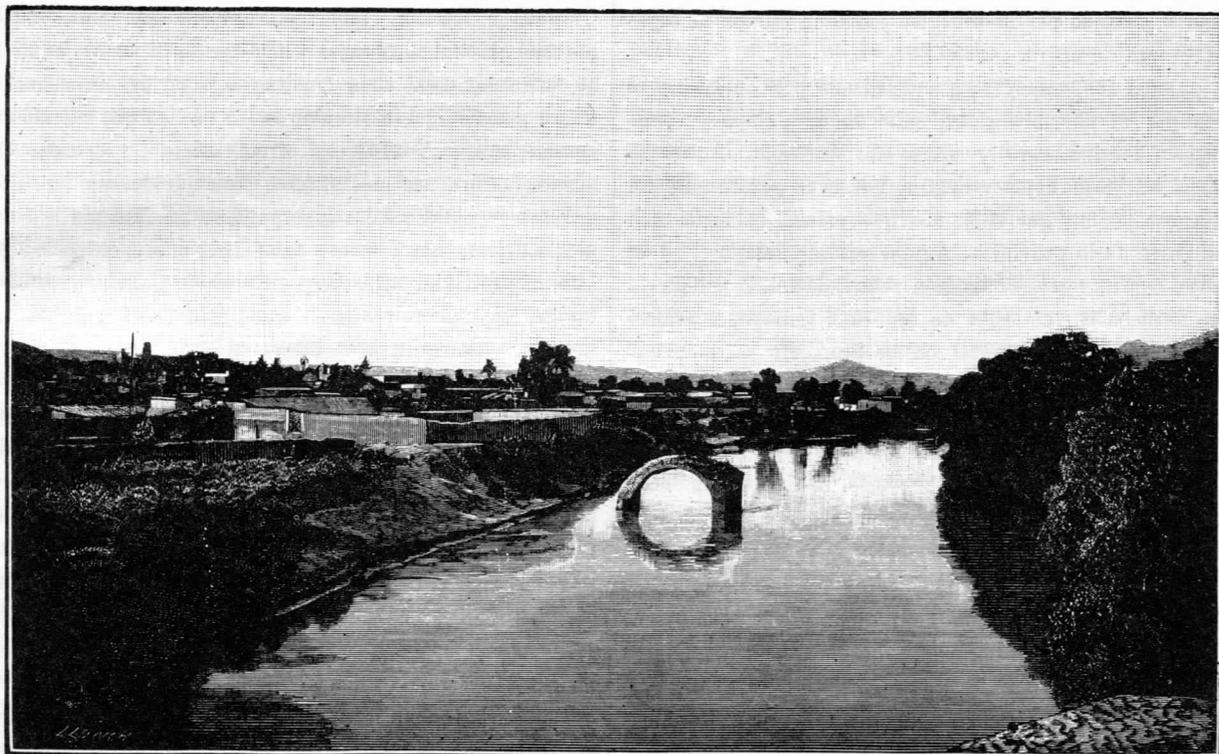
² Capítulo X, lib. II.

colecturía del diezmo, en la que había acopiado considerable de semillas, y era el género en que los insurgentes se proveían, con lo que causó á estos mismos gran perjuicio, dejando fijado en los lugares públicos un bando por el que se prohibía á los vecinos, bajo pena de la vida, habitar en sus propias casas; y aunque después Rosains, informado de la verdad, envió á Terán para remediar en cuanto se pudiese el mal que se había causado, aquellas gentes no se sosegaron sino con la palabra que Terán les dió de rechazar á Velasco si volvía á presentarse ¹.

Nuevos fusilamientos ordenaba Rosains en esta época, siendo uno de ellos el del teniente de artillería

Olavarrieta, á quien mandó formar causa por habersele acusado de complicidad en la fuga del intendente Pérez ¹. En vano el cura Correa, nombrado juez de la causa, lo declaró inocente del delito que se le imputaba; el desventurado Olavarrieta y otros dos fueron ejecutados bajo la siniestra *Palma del terror*. A una mujer acusada de murmuración, la sentenció á recibir bofetadas de los doscientos hombres que guarnecían la posición de Cerro Colorado, y á sufrir después la exposición pública con una mordaza.

Estas crueldades, que un historiador compara á las cometidas por los tiranuelos de Italia en tiempo del famoso César Borgia, y la sed de dominación que lo



Vista de Acámbaro

devoraba, excitaron contra Rosains el enojo de todos los que hasta entonces le habían sido adictos. A Osorno, Arroyo y Calzada, que hacía tiempo no obedecían sus órdenes, uniéronse otros de mayor importancia. Sesma, retirado á la Mixteca, como hemos dicho, después de la rota de Soltepec, cesó de reconocer su autoridad, y Victoria, en unión de los demás jefes que sostenían la revolución en la provincia de Veracruz, al jurar la Constitución en Acasónica, firmaron una acta en la que declaraban que sólo obedecerían al Congreso. Victoria fué proclamado por la junta de jefes teniente general, y desde entonces fueron perseguidos en aquella provincia los muy pocos partidarios que allí tenía Rosains, é interceptados los correos que éste enviaba á los comandantes que aún creía subordinados suyos.

¹ ALAMÁN. — *Historia de Méjico*, tomo III, pág. 302.

Dejando para el siguiente capítulo la relación de los sucesos que prepararon la caída de Rosains en el segundo tercio de 1815, debemos ahora retrogradar hasta principios de ese mismo año para atender á las operaciones militares del general Victoria.

Nombrado este jefe desde fines de mayo del año anterior comandante de las armas en la provincia de Veracruz ², y extendida su fama por los triunfos que alcanzó sobre los convoyes de los realistas, al empezar 1815 se veía dueño de la importante carretera que liga á Veracruz con Jalapa. Fortificado en el Puente del Rey, que se levanta casi en la mitad de ese camino, y defendiendo sus trincheras desde las alturas inmediatas, Victoria estorbaba fácilmente el paso á las tropas

¹ Véase capítulo anterior.

² Capítulo XI.

reales, obligándolas á dar un rodeo largo y penoso, que las fatigaba en extremo. Tal fué el que se vio forzado á seguir el coronel Aguila, quien, evitando el Puente, llegó hasta la Antigua, y de este punto marchó á Veracruz con el convoy que custodiaba. Pero al volver á Jalapa pretendió forzar los puntos fortificados, y el 15 de enero, al hacer un reconocimiento fueron heridos gravemente el mismo Aguila y algunos de los oficiales que lo acompañaban, por lo que dejando el mando al teniente coronel Zarzosa, tuvo que retirarse á curar á Veracruz¹. Restablecido de sus heridas, volvió á ponerse al frente del convoy, pero esta vez más cauto, y guiado por el teniente coronel don José Rincón, que era muy experto en aquel terreno, evitó las fortificaciones de Puente del Rey, y pasando por la Antigua entró en Jalapa al espiar el mes de enero.

Otros dos convoyes, guiado el uno por Zarzosa y el otro por el mismo Aguila, salieron de Jalapa respectivamente en febrero y marzo de ese año. Aquél se desvió hacia el norte y llegó á Veracruz perseguido sin descanso por las guerrillas de que estaba cubierta toda esa parte de la provincia. Aguila salió de Jalapa el 19 de marzo con una gruesa división reforzada con la caballería que formaba parte de la de Márquez Donayo, y avanzó por la carretera nacional con el propósito de empeñar fuerte combate en el Puente; pero Victoria, considerándose débil para resistir á tantas tropas, se retiró hacia el Norte, y el convoy llegó sin novedad á Veracruz el día 27 de aquel mes. No fué tan feliz Aguila al regresar del puerto, pues atacado vigorosamente por las partidas que obedecían á Victoria perdió algunos hombres y parte considerable del cargamento que custodiaba, entrando en Jalapa el 7 de abril². Volvió toda esa ardiente y malsana comarca á quedar en poder de Victoria, «á quien se atribuye en aquel tiempo, dice Alamán con su marcada inquina contra este campeón de la independencía, una actividad tan contraria á su habitual insensibilidad y abandono, que es menester creer que era obra de las circunstancias y que la fuerza de las cosas lo arrastraba contra sus naturales propensiones.»

Fácil es de comprender la angustiosa situación del comercio de México y Veracruz, pendiente de las lentas y contrastadas marchas de los convoyes por los que recibía ó enviaba sus efectos; algunas de esas casas de comercio hacían depender su suerte mercantil de la salvación del convoy en que iban sus mercaderías, y creíanse dichosas si á costa de enormes gastos y de infinitas zozobras recibían sus efectos ilesos ó tenían noticia de que habían llegado á Veracruz ó á la capital

sin grave detrimento. Otras, arrojando las penas que los bandos y órdenes del gobierno vireinal habían impuesto á los que pagasen derechos de tránsito á los insurgentes, ajustaban convenios con las partidas de estos últimos, mediante el pago de considerables sumas. Por eso el coronel Aguila, en uno de sus oficios al virey¹, acusaba al comercio de Veracruz de contribuir eficazmente al sostén de la revolución en la provincia de ese nombre, por el poderoso auxilio que recibían los insurgentes con los derechos de tránsito que les pagaban los comerciantes para que sus mercaderías pasasen libremente. «En pocos días, decía este oficial á Calleja, he visto entrar en esta plaza (Veracruz) más de mil mulas que están destinadas á llevar efectos por el camino de Córdoba y Orizaba. Por cada una de esas mulas se ha pagado á los insurgentes cinco pesos á la bajada, y se pagarán diez á la vuelta, aparte de un derecho de 20 por 100 sobre el valor de los efectos que calculo en sesenta mil.» Y el virey ofrecía dictar, y dictaba en efecto, las órdenes más severas para que cesase un tráfico tan ventajoso á los insurgentes, no obstante lo cual continuó con más ó menos actividad, sobreponiéndose el interés particular á las disposiciones de Calleja y afrontando los duros castigos que éste acostumbraba á imponer.

Por este tiempo desplegó el gobierno gran severidad con algunas personas notables por su posición social y á las que se señalaba como favorecedoras de la revolución en la capital. En la tarde del 27 de febrero fué llevado á la ciudadela de México don José María Fagoaga, alcalde de corte honorario de la Audiencia, vecino acaudalado y de distinguida familia y á quien hemos visto figurar con notoriedad en la época de Iturrigaray. Aunque nacido en España, Fagoaga no ocultaba sus opiniones á favor de la independencía y las emitía frecuentemente con ruda y altiva franqueza. El 2 de marzo fué sacado de su prisión, y conducido luego á Veracruz se le puso en un buque que lo llevó á España, quedando embargados sus bienes. Pocos días después fueron presos también los abogados Raz y Guzmán y López Matoso, y el rico propietario don José Ventura Miranda, acusados los dos primeros de pertenecer á la sociedad secreta de los *Guadalupes* y el último, cuyos bienes quedaron embargados, de sostener relaciones con los insurgentes de los *Llanos* de Apám, en cuya comarca se hallaban sus haciendas.

Osorno seguía inquietando al gobierno con sus correrías en la región que acabamos de nombrar. Sin obedecer á Rosains antes del descalabro que éste sufrió en Soltepec, menos quiso plegarse á su autoridad después de esa derrota. Agrupábanse á su derredor otros jefes tan rudos como él, y también como él tan osados y activos. Serrano, Inclán y Espinosa comandaban gruesas partidas, pero siempre reconociéndole por superior inme-

¹ Véase parte de Aguila fechado el 17 de enero en Veracruz y publicado en la *Gaceta* correspondiente al 14 de febrero de 1815.

² «Esta fué, dice Alamán, la última y más difícil campaña que Aguila hizo en Nueva España, habiéndose embarcado en Veracruz para regresar á su país.»—En la *Gaceta* del 20 de abril se publicó el parte de Aguila relativo á la marcha de este convoy.

¹ Véase en la *Gaceta* de 14 de febrero de 1815.

diato; y el segundo de éstos, extendiendo sus operaciones hasta Texcoco, había saqueado esta población el 16 de enero (1815), obligando á la guarnición realista á guarecerse en la parroquia; luego cayó sobre la hacienda de Chapingo, propiedad del marqués de Vivanco, y continuando su asoladora campaña destrozó á los realistas en Ometusco y obligó á rendirse al destacamento que se hallaba en San Pedro de las Vaquerías.

Después de la acción de Soltepec, los temibles jefes que seguían á Osorno lo proclamaron teniente general en Atlamajac¹, lugar en que se situó con una gran fuerza de caballería, como hemos dicho ya, y donde recibió quizás con gran satisfacción la noticia de la derrota de Rosains. Curiosa es la descripción que hace de estos guerrilleros don Carlos María de Bustamante, testigo presencial, pues en esa época se hallaba refugiado al lado de Osorno: «Dejéronse ver éstos muy galanos en Atlamajac, dice, y tanto, que algunos parecían *calabazates* plateados, según los galones que profusa y toscamente adornaban sus cuerpos... Pocos hombres capaces de formar un razonamiento regular había en aquella asamblea, pues veían con desprecio á los oficiales instruídos: semejava esta reunión á las de los jefes godos, que pasaban la vida ocupados en dormir y pelear, según Jovellanos. Así no es mucho que dieran la preferencia y oyesen como un oráculo á un don Diego Manilla, segundo de Espinosa, mozo de moderación y que hasta entonces se había portado muy bien. Osorno fué aclamado teniente general, y á par de éste, otros recibieron diferentes graduaciones militares y políticas, despachándose de su mano: muchos no sabían ni la significación del título con que se les honraba; por último, resultó que se nombrase á Manilla segundo de Osorno, que aquél dividiese en secciones la fuerza armada y que ejerciese en realidad el mando. El nuevo orden de cosas demandaba nuevos gastos, y en consecuencia, mayores fueron las contribuciones que se exigía á los propietarios de la comarca. Además de las establecidas, se apoderaron enteramente de la venta del pulque, medida que reprobó el Congreso, que disgustó profundamente á los hacendados sobre quienes gravitaba y que preparó la infalible ruina de Osorno, sostenido hasta entonces por aquellos mismos labradores cuya indignación provocaba. Las órdenes del Congreso no fueron obedecidas; Osorno decía á los quejosos que acudiesen á Manilla, y éste se mostraba inexorable. Estos recursos eran cuantiosos y bastaban á sostener una fuerza de tres mil hombres bien armados, prontos á obrar al primer toque de clarín como los antiguos almogávares; pero tanto los gastos de Osorno como los de cada uno de sus comandantes eran crecidísimos, y gran-

des también las defraudaciones de los recaudadores. Manilla pudo imponer alguna disciplina á las guerrillas, y así logró alcanzar en lo sucesivo importantes ventajas¹»

Deseando el gobierno vireinal contener á las guerrillas de los *Llanos* de Apám, nombró en abril (1815) comandante de las armas realistas en ese rumbo al mayor don José Barradas, militar cruel y sanguinario que tenía ese grado en el batallón de *Fieles del Potostí*, y le dió considerables refuerzos consistentes en el batallón de Zamora y en piquetes de caballería de varios cuerpos, para contrastar mejor la numerosa y brava que tenían los independientes. El nuevo jefe mandó fusilar en Otumba á cinco vecinos del lugar y exigió á los demás cinco mil pesos, con amenaza de quemar toda la población si no se le entregaba la suma que pedía, porque dos de sus soldados fueron muertos una noche fuera de los parapetos levantados para defensa de aquel pueblo. Después de esto, retrocedió á San Juan Teotihuacán, donde se le incorporaron ciento cincuenta soldados de infantería y caballería, y el 12 de abril se puso en marcha para Apám.

Pero Osorno y sus principales tenientes Manilla, Serrano, Inclán y Espinosa lo esperaban en la garganta y *mal país* de Nopaltepec, y cuando lo tuvieron á la vista fingieron retirarse para llevarlo á la llanura de Tortolitas, donde esperaban sacar mejor partido de su excelente caballería. Barradas avanzó, en efecto, hasta el sitio escogido de antemano por los independientes, y entonces éstos cargaron reciamente con el propósito de envolverlo. El jefe realista mandó formar cuadro á sus tropas, y de este modo resistió impetuosas acometidas de los bravos guerrilleros. Prolongábase el combate, sin que flaquearan los soldados de Barradas, y preciso fué á sus contrarios adoptar un medio que en el curso de la guerra había producido á la causa nacional los mejores resultados. Escogieron los más diestros jinetes, colocaronlos en dos líneas paralelas, unieron á cada par de jinetes con una gruesa *veata*, que éstos ataron en la cabeza de la silla, y así dispuestos, avanzaron rápidamente sobre el cuadro: la primera línea de los realistas fué arrollada y puesta en desorden, el que se aumentó con el avance del resto de la caballería. En pocos momentos quedaron fuera de combate más de cien hombres, entre ellos el capitán don Anastasio Bustamante, que resultó gravemente herido en una pierna, y Barradas se vió obligado á retroceder hasta San Juan Teotihuacán, siendo perseguido tenazmente por los vencedores.

El mismo comandante Barradas, dejando en San Juan á su maltrecha división, corrió á informar verbalmente á Calleja de lo sucedido y volvió á salir de la capital al día siguiente (14 de abril) con un refuerzo de

¹ Dice Alamán en una nota de su *Historia* (tomo IV, pág. 255, edición de 1851), que no se puede fijar si la proclamación de Osorno como teniente general fué con motivo de la acción de Soltepec ó hasta el mes de abril de 1815. Bustamante en su *Cuadro histórico*, tomo III, pág. 254, da á entender que eso fué inmediatamente después de aquella acción en que fué desbaratado Rosains.

¹ BUSTAMANTE.—*Cuadro histórico*, tomo III, pág. 255. Sin cambiar el sentido hemos corregido un tanto el desaliñado estilo de Bustamante en el párrafo que acabamos de copiar.

trescientos hombres y cuatro cañones. Tomando en San Juan á las tropas que allí había dejado, marchó con toda la sección á Apám, donde entró al fin sin obstáculo tres días después. Allí se concentró también la división Márquez Donayo, que custodiaba el camino de Puebla á Perote, y de esta suerte pudo alistarse una gruesa sección de caballería que al mando del teniente coronel Terán entró sin resistencia en Zacatlán el 26 de aquel mes, retirándose hacia el Norte las partidas de Osorno ¹. No tardó en dar motivos Barradas para que se le removiera del mando militar que acababa de dársele, y el gobierno nombró para sustituirlo al coronel de dragones de España don Francisco Ayala.

El descalabro de Barradas en los llanos de Tortolitas inspiró al virey serios temores de que las partidas de Osorno intentasen un ataque á la capital misma, y ordenó que se levantasen violentamente fortificaciones en todas las garitas; mandó que se acuartelasen las pocas tropas existentes á la sazón en la ciudad, y concentró todos los destacamentos que se hallaban en las poblaciones circunvecinas. Algunos días duró la alarma, que al fin hizo cesar la noticia de que Barradas había entrado en Apám sin encontrar resistencia.

Guerrero, después de sus victorias sobre Lamadrid ² levantó en armas á los hijos de la áspera y montuosa Mixteca; el ya célebre caudillo dispuso recorrer todo el Sur, y dejando en el Chiquihuite al coronel Sánchez con trescientos hombres avanzó hasta Xonacatlán, donde hizo alto, noticioso de que una fuerte sección enemiga á las órdenes de los oficiales Robles y Combé marchaba á su encuentro. En efecto, éstos salieron de Tlapa al frente de varios piquetes de Lovera, Cataluña, Santo Domingo y dragones de la Reina; atraídos por Guerrero en una falsa retirada, fueron destrozados completamente en Tlalixtaquilla (12 de marzo de 1815), muriendo en la acción casi todos los soldados españoles ³. Uno de los jefes, don Joaquín Combé, fué hecho prisionero y fusilado, después de haberle instado para que sirviera en las filas de la independencia. Guerrero marchó en seguida á Tlamajalcingo del Monte, donde se fortificó en unas alturas inmediatas y estableció una fundición de artillería.

Su segundo, el coronel Juan del Carmen, mulato de impávido valor, marchó á Ometepepec, donde pudo destrozarse á una pequeña fuerza enemiga, tornando al lado de Guerrero con su tropa considerablemente aumentada. Dejándole el mando de las posiciones de Tlamajalcingo, marchó el mismo Guerrero hacia fines de abril en direc-

ción á Xonacatlán donde supo que se hallaba el realista Lamadrid. Recio y sangriento fué el choque: los soldados del rey atacaron varias veces á la bayoneta, pero rechazados siempre con grandes pérdidas por los de Guerrero, se retiraron en desorden, dejando en poder del vencedor hombres, armas y pertrechos.

No descansó á la sombra de sus laureles el intrépido caudillo del Sur, y sabiendo que el coronel realista Samaniego conducía un convoy de Oaxaca para Izúcar, se apoderó de los principales puntos de la cañada de los Naranjos donde derrotó á Samaniego y le quitó el convoy. Este último jefe huyó á Izúcar donde se unió á Lamadrid, repuesto un tanto del descalabro que sufrió en Xonacatlán, y juntos marcharon nuevamente contra Guerrero, quien los esperó en Chinantla, cerca de Piaxtla. La acción duró todo el día y terminó con la derrota de los realistas, que regresaron á Izúcar maltrechos y confusos ¹.

Antes de que terminase el mes de abril bajaba de la silla arzobispal de México don Antonio Bergosa y Jordán, cuyas bulas no habían sido expedidas por el Pontífice romano, y que recibió su nombramiento de la Regencia que gobernaba á la monarquía por ausencia y cautividad de Fernando VII. Firme éste en su propósito, después de restaurado sobre el trono, de desconocer todos los actos de los gobiernos que la península se había dado mientras duró su prolongada prisión, no quiso confirmar la elección de Bergosa, aduciendo, además, en este caso, que los nombramientos de prelados eran una regalía personal y como tal no pudo nunca ejercerla la Regencia. Nada valieron en su ánimo las repetidas muestras de adhesión que dió á su causa el célebre obispo de Oaxaca, ni sus ardientes pastorales en que incitaba á sus ovejas á apereibir el hierro y el fuego contra los independientes, ni aquella su portentosa aunque vulgar facundia, cuyos ecos atronaron las catedrales de Oaxaca y México. Bergosa fué sustituido por el canónigo doctoral don Pedro Fonte, y recibió la orden de volver á su iglesia de Oaxaca, «desaire, dice conmovido Alamán, que sufrió con ejemplar resignación, entregando el gobierno de la mitra al cabildo el 8 de abril (1815), y retirándose al colegio de carmelitas de San Angel, del que volvió algún tiempo después á la capital por lo inseguro de aquel punto ². La elección del nuevo prelado se solemnizó en México el 9 del mismo mes de abril, aunque su entrada fué el 10 de junio, habiéndole mandado el virey sus coches y escolta á una legua de distancia de la capital, y el 17 recibió el gobierno de la diócesis. Era don Pedro Fonte hombre de treinta y ocho años de edad, y de mucha más capacidad

¹ Don Carlos María de Bustamante se vió obligado entonces á huir á Tetela, pero perseguido allí por los indios de Zacapóaxtla, que habían tomado partido por la causa del rey, tuvo que refugiarse en el rancho de Acatlán, propiedad del cura Martínez de Segura, por quien fué acogido con afectuosa solicitud, permaneciendo allí hasta el mes de agosto, en que pudo volver á Tehuacán con seguridad, habiendo sido preso Rosains por don Manuel de Mier y Terán. (*Cuadro histórico*, tomo III, pág. 259).

² Véase capítulo anterior.

³ Parte de Robles publicado en la *Gaceta* del 22 de abril de 1815.

¹ *Biografía de Guerrero*. (*Hombres ilustres mexicanos*, t. IV, pág. 303).

² Bergosa gobernó nuevamente el obispado de Oaxaca hasta el 14 de agosto de 1817, en que fué promovido al de Tarragona, en España. En 1803 publicó en México una obra intitulada: *De la vida y martirio de santa Orosia*.

é instrucción que sus dos predecesores Lizana y Bergosa." La separación de este último, no obstante su decidido celo por la causa de los dominadores, por nadie fué sentida, y su nombre ha pasado á la posteridad como expresión del fanatismo político, sin luces, sin virtudes, y en una palabra, sin la prestigiosa abnegación que distingue casi siempre á los tenaces defensores de una opinión ó de un sistema.

Otro prelado que por las mismas causas que el mediano Bergosa sufrió el desaire del monarca, fué el célebre obispo electo de Michoacán don Manuel Abad y Queipo, de quien hemos hablado repetidas veces en el curso de esta historia. Nombrado también por la Regencia, no fué confirmado en su puesto por el rey Fernando, y para suavizar de alguna manera esta providencia, se le mandó pasar á España con la misión de informar verbalmente al gobierno sobre el estado de la revolución. Pero no faltó entonces quien creyese que esto último era un pretexto para alejarlo del país, pues entre él y Calleja habían surgido varios motivos de enconada diferencia. Abad y Queipo llegó á México procedente de su obispado el 1.º de abril y se embarcó para España tres meses después, pero antes de ponerse en marcha, y previniendo los riesgos de la navegación, entonces tan dilatada y expuesta, dirigió al rey un informe secreto sobre la revolución de Nueva España, en cuyo documento hace graves cargos al ministro de Indias Lardizábal y al virey Calleja ¹.

«Este funcionario, dice Abad y Queipo en su extenso informe, no ha sabido hacerse respetar ni obedecer, y así, aunque ha mandado á veces buenas cosas, no han tenido efecto. Entregado al favorito Villamil, á quien la opinión pública supone interesado en las negociaciones de los comandantes de provincia y divisiones y en los convoyes, se despojó de la autoridad necesaria, porque no se puede castigar en los extraños lo que se aprueba y tolera en personas tan allegadas. De aquí la relajación en la disciplina militar, el desconcierto de las operaciones de guerra, la insolencia de muchos militares y otros males infinitos. En suma, teniendo ochenta mil hombres sobre las armas, no hemos podido conservar sino el casco de los pueblos guarnecidos por nuestras tropas; hemos perdido todo lo demás, y hemos consumido todos los recursos existentes para mantener tanta tropa; y los enemigos, con veinticinco ó treinta mil hombres de mala tropa, sin disciplina y muchos sin armas, son los verdaderos soberanos del país, pues que disponen de los hombres y de las cosas, de la agricultura, de la industria, de los caminos, y roban y destruyen cuanto tenemos fuera de nuestras fortificaciones; someten á una contribución vergonzosa cuanto se conduce sin escolta á nuestros pueblos guarnecidos, inclusa esta capital, y no conservamos hacienda alguna de cultivo si no se custodia

con tropa ó se paga contribución á los insurgentes. Parece que no se pueden dar pruebas más convincentes de la nulidad del gobierno, que las que resultan de este corto paralelo. Aquí tiene V. M. el estado deplorable de la Nueva España por lo tocante á las cosas; pero es todavía más deplorable y más funesto por lo tocante á las personas.»

Luego enderezaba más fuertes acusaciones contra Lardizábal, ministro universal de Indias, cuya calidad de americano le parecía enteramente incompatible con la acertada marcha que debiera seguir el gobierno del rey para dar fin á la insurrección de las colonias españolas en el nuevo continente. Recordaba numerosos actos y aun palabras de este hombre de Estado que afirmaban

Facsimile de la firma de don Pedro Fonte, arzobispo de México

su creencia, y aconsejaba al monarca que lo sustituyese por otra persona, pues «no parece difícil, le decía, que V. M. halle en la península una docena de sujetos más dignos y más capaces de desempeñar el ministerio universal de Indias que don Miguel de Lardizábal.» El inquieto prelado terminaba proponiendo á Fernando VII la adopción de varias providencias que en su concepto producirían el término de la insurrección en América, y especialmente de la que destrozaba á Nueva España; la sustitución de Lardizábal en el ministerio por un español de la península, cuyos sentimientos no estuvieren en contradicción con sus deberes; el envío violento de diez ó doce mil hombres de tropa mandados por oficiales instruidos, y el de un virey probo, enérgico y conocedor de las cosas de la guerra, provisto de facultades amplísimas; la formación de un reglamento para el gobierno de la monarquía, que debía comprender á las Américas con las modificaciones necesarias, y la expedición de una ley que estableciese como una de las primeras obligaciones de los consejos supremos la de exponer á la real persona cualquier grave inconveniente que advirtieran en el gobierno, contrario á la majestad del trono, á la dignidad de la persona del rey, al respeto y seguridad que le eran debidos ó á los intereses generales de la monarquía ó de sus provincias. «Señor, decía al concluir, si Dios me concede el consuelo de informar á V. M. de palabra, entraré en detalles interesantes sobre las Américas. Si perezco en la carrera, ruego á V. M. tenga la dignación de recibir benignamente estas reflexiones, como un testimonio de mi celo por el mayor y mejor servicio de V. M., como el fruto de mis desvelos en treinta y seis años de residir en Amé-

¹ Véase este extenso documento en la *Historia de México*, de Alamán, *Apéndice* al tomo IV, marcado con el núm. 10.

rica, y como el único patrimonio que he adquirido y de que puedo disponer.»

Los independientes se regocijaron al saber que uno de sus más ensañados enemigos, el obispo Abad y Queipo, había sido llamado á la península y que su retirada tenía todos los visos de una desaprobación de su conducta. No olvidaban que este prelado fué el primero en arrojar los anatemas de la religión sobre los caudillos

de la independencia, siguiendo inmediatamente su ejemplo los demás obispos de Nueva España, y recordaban con ira patriótica el incansable celo que había desplegado durante cinco años para contrariar el levantamiento por la emancipación con todos los recursos que el fanatismo y la ignorancia de las masas habían puesto á disposición de la Iglesia.